

Agustín Edwards

Viajes de Ercilla

Cuatro cientos años atrás, (1) el 7 de Agosto de 1533, nació accidentalmente en Madrid, pues sus padres eran oriundos de Bermeo, lugarejo combatido por todos los vientos y situado en una ladera próxima a la bahía de Vizcaya, llamada en aquella época Mar Cantábrico, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, poeta, soldado, diplomático y comerciante, y más que todo eso, aventurero y andariego.

Vino al mundo en ese período elástico y esplendoroso de la historia que llamamos el Renacimiento, cuando los pueblos que habrían de ser los progenitores de la América recién salían de las tinieblas de los tiempos medioevales y despuntaban en el horizonte los primeros rayos de luz de un progreso que desde entonces no ha vuelto, por fortuna, a ocultarse a la vista de los mortales. La última década del siglo XV que vió el descubrimiento de América marca, acaso, la culminación de ese período que comenzó con la caída de Constantinopla en manos de los turcos y se prolongó durante la mayor parte del siglo XVI en el cual Ercilla nació y murió. Su espíritu aventurero, imaginativo, artístico, audaz, fué la encarnación individual de toda una época.

El siglo XVI que para los chilenos fué el siglo de Valdivia y de Ercilla, es para España el siglo de Cervantes y de Velásquez, de Iñigo López de Recalde, aquel paje de Fernando e Isabel canonizado más tarde con el nombre de San Ignacio de Lo-

(1) Discurso leído en la Velada celebrada en el Club de la Unión, con motivo de la celebración del cuarto centenario de don Alonso de Ercilla,

yola, del inmortal Lope de Vega; es para el Portugal el siglo de Camoens que en el continente negro componía *Os Lusíadas* cuando Ercilla, en el continente cobrizo, escribía *La Araucana*; es para Inglaterra el siglo de Shakespeare, de Bacon, de Drake y de toda la pléyade de héroes, poetas y navegantes del reinado de Isabel; es para Italia el siglo de Michelangelo Buonarroti, de Torcuato Tasso, el poeta de *Gerusalemme Liberata*, de Ariosto que moría el mismo año en que Ercilla venía al mundo; es para Francia el siglo de Rabelais, aquel franciscano primero, benedictino en seguida, cuyo nombre es hasta hoy sinónimo de mordacidad; es para la Iglesia el siglo del Concilio de Trento que, a través de cinco pontificados desde Paulo III hasta Pío IV, se pronunció sobre dogmas fundamentales como el sacrificio de la misa, el sacramento del matrimonio, el purgatorio, el culto de los santos, de las reliquias y de las imágenes.

¡Siglo prodigioso en que la mente europea comprimida en una región pequeña del globo se ensancha y sueña, y vuela agujoneada por la extraña revelación de un mundo nuevo, bañado por océanos dilatados y desconocidos, sembrado de islas ignotas, atravesado por cadenas ciclópeas de montañas, y que apoyado en los dos extremos de la tierra, entre la Estrella Polar y la Cruz del Sur, ocupaba la tercera parte de su superficie! La imaginación de la juventud de la época se enciende como la encendería un cuento de hadas. Un ingenio británico, Sir Thomas More, nacido diez años antes que Cristóbal Colón, traduce la emoción de sus contemporáneos y publica en 1516 su *Utopía* cuando recién asomaban ojos europeos a escudriñar atónitos, desde la altura de Darién, la inmensa sábana de agua que hoy conocemos con el nombre de Pacífico del Sur.

Y en la Isla de la Utopía que More crea y describe, los absurdos tradicionales del Viejo Mundo no se conocen y la sociedad humana, renovada, se ha reconstituido sobre bases razonables y justicieras. Ciertamente es que el viajero que More imagina, Hythlodæus es sinónimo de «Experto en necesidades», pero no lo es menos que la ironía del concepto no logró enfriar el entusiasmo de los que veían en el descubrimiento de América esperanzas de riquezas y posibilidades de mejoramiento para la vida azarosa y difícil que llevaban, o de los que, como don Alonso de Ercilla y Zúñiga, divisaban en las misteriosas, lejanas y dilatadas comarcas del continente virgen un escenario fecundo para las aventuras y una fuente inagotable de inspiraciones. Y en ese siglo esplendoroso, el genio de España, cuna de Ercilla, se

levanta de las brumas medioevales; y de la impotencia y mediocridad en que se debatía en los siglos anteriores pasa a ser el centro de gravedad del mundo civilizado. El Mediterráneo que bañaba y baña a la península ibérica por el Oriente, teatro de todas las rivalidades y rencillas de la antigüedad, pierde su cetro, y el Atlántico, infinito y tempestuoso, que la bañaba y baña por el Occidente, atrae las miradas de los navegantes, de los soldados, de los misioneros, de los desesperados y de los soñadores.

¡Qué de extraño tiene que esa época esplendorosa y ese ambiente de milagrosas evocaciones de continentes y mares ignorados haya producido un poeta que cuatro siglos después de su nacimiento congrega, como ocurre hoy, a la Universidad de Chile, a la Academia de la Lengua y a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en cuyo nombre hablo, a honrar su genio e inspiración y a señalarle como el fundador de las letras nacionales!

Porque si bien Ercilla fué español y compuso su poema en gran parte en España, no puede olvidarse que fueron las selvas ensangrentadas de la Araucanía y las proezas de la raza indígena y de los conquistadores españoles que fundaron la raza chilena, las musas que le inspiraron sus magníficas y elocuentes octavas reales. Si la poesía es la suprema expresión de la emoción humana en lenguaje rítmico y armonioso, no puede concebirse que Ercilla hubiese llegado a componer un poema épico si el heroísmo de conquistadores y conquistados no hubiese encendido en su alma una emoción suprema que hizo brotar a raudales el ritmo y la armonía de sus estrofas.

Más orador que poeta, Ercilla es además el primer historiador de Chile. Sus narraciones, en lenguaje grandilocuente, a través de numerosas digresiones y fantasías que en nada aminoran su mérito, porque también las encontramos en la *Iliada* de Homero, contienen una crónica rimada, con tantos ribetes de discurso elocuente como de poema épico, de un período de la conquista que se habría perdido para la memoria humana sin su feliz venida a Chile en aquellos tiempos azarosos.

¿Qué destino trajo hasta Chile al elegante paje de Felipe II que desde la edad de 14 años le había acompañado en sus fastuosos viajes y figuraba con brillo en su Corte?

Hay quienes creen que fué un desengaño amoroso, pero es más probable que viniese impulsado simplemente por su sed de aventuras y de movimiento que no se calmó jamás en los 61

años que vivió. Después de todo, sus padres, su abuelo materno don Alonso de Zúñiga, que le dió su nombre de pila, eran naturales de Bermeo, la antigua Colonia Flaviobriga que nombra Plinio, que tiene por armas «una cabeza de hombre y debajo dos lobos y un barco bogando con remos tras una ballena». El mar, por atavismo y por necesidad, le llamaba entonces y le siguió llamando sin cesar.

Poco después de su nombramiento cuando apenas había terminado bajo la experta mano de don Cristóbal Calvete de la Estrella la educación que entonces era costumbre dar a los pajes en la Corte, salía don Alonso de Ercilla y Zúñiga en su primer viaje, acompañando a su augusto amo y señor. Su preceptor latinista y erudito, algo le había enseñado de Mitología Griega, de la Biblia, de Virgilio y de Astronomía. Además «se sabía de memoria el Ariosto» según nos cuenta el sabio Medina en su monumental *Vida de Ercilla*. No era, pues, muy vasta la ilustración con que entraba a la vida de la Corte en la brillante comitiva del Soberano en cuyos dominios no se ponía jamás el sol. Y atravesó el mar, por primera vez, desde Barcelona a Génova en 28 días en la escuadra del célebre almirante Andrea Doria. Hasta llegar a Bruselas el 1.º de Abril de 1549 fué aquella una peregrinación fastuosa en que se sucedieron las fiestas primero en Milán y después en Mantua, Trento, Insbruck, Munich, Heidelberg y Lutzelburg.

Cinco años después, en 1554, asiste en Inglaterra a la boda de Felipe II con María Tudor. Están allí dos pajes más, compañeros suyos, que habrían de salir, como él, hacia las lejanas e inhospitalarias selvas de la Araucanía: don Francisco de Andía e Irrarázaval y don Simón Pereira. Se encuentra también con otro personaje, don García Hurtado de Mendoza, dos años menor que él, a quien ya había conocido, según parece, en París y con quien debía tener, cuatro años después, en Imperial, un altercado que casi le cuesta la vida.

Estando en Londres llegan noticias de la muerte de Pedro de Valdivia. Nombra Felipe II en su remplazo a Jerónimo de Alderete, y Ercilla, presa de su afán de aventuras, se embarca ya convertido en «gentilhombre de su Majestad» en el puerto de San Lúcar el 15 de Octubre de 1555 en la misma nave que llevaba a Alderete, al Virrey del Perú, el Marqués de Cañete, a dos de sus hijos, don García y don Felipe Hurtado de Mendoza, y dieciséis señoras de las cuales diez iban a Chile. La muerte de Alderete en Taboga no arredra a Ercilla y sigue viaje, pri-

mero a Lima y de allí a Chile, con don García Hurtado de Mendoza designado ya gobernador en el galeón *San Juan de los Reyes*. Salieron del Callao el 2 de Febrero de 1557 y anclaron frente a La Serena el 23 de Abril de ese año, después de 80 días de navegación, pues todavía el piloto Juan Fernández no había descubierto la manera de navegar contra el viento como se llamó en su época la novedad de haber salido mar afuera para aprovechar los vientos alisios.

En ese largo viaje Ercilla estuvo enfermo, según se infiere por las recetas de jarabe acetoso, agua de endivia, cardenillo, trementina, miel rosada y unguento basilicón, que figuran en la Memoria del boticario Hernán Pérez, según cuenta Medina.

El destino de don García y, por ende, de Ercilla no era La Serena ni siquiera la incipiente capital de Chile, sino la Araucanía en donde la guerra con los indios no tenía cuartel. Pedro de Oña en su *Arauco Domado* dice que, en realidad, don García no quiso pasar a Santiago y se fué, por mar, a Talcahuano, porque Santiago era:

*... la vadosa sirte donde encallan
o todos o los más gobernadores
y, adonde, por hablar cosas de amores
las del guerrero adúltero se callan».*

El viaje por mar, si hemos de atenernos a la descripción que hace Ercilla al final de la Primera Parte de *La Araucana*, casi dió al traste con la expedición. En magníficas estrofas, acaso las mejores de la obra, describe la horrible tormenta que los sorprendió:

*La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes lóbregas y espesas;
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de pilotos y las priesas
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecía.*

Desde el amanecer del 28 de Junio de 1557, día en que llegaron a la Quiriquina, hasta Diciembre de 1558, fecha probable de su partida de Chile, Ercilla vivió, salvo los tres meses que

le tuvo preso don García, en perpetuo movimiento, en aquella lucha horrible con los elementos y con los aborígenes para llegar, como quería, al Estrecho de Magallanes. Machete en mano para abrirse paso en la espesura de la selva, enredado a veces en las raíces de los árboles, semi-hundido otras en los pantanos, aprisionado por los zarzales, detenido por los peñascos, acechado por los indios en guerra, aguijoneado por el hambre, Ercilla, como los demás, no llega al Estrecho de Magallanes, empresa imposible, pero sí al seno de Reloncaví. Divisa las islas y en una piragua, Ercilla el más movedizo y aventurero de todos ellos, atraviesa el Canal de Chacao y llega, el primero, donde otro no ha llegado, según reza la estrofa tan conocida, el 28 de Febrero de 1558. Vuelve a Imperial, la ciudad fundada con ánimo de hacerla capital del Reino, y se dedica de lleno a escribir su poema. Tiene allí su altercado con don Juan de Pineda en el juego de cañas y correr sortija y estafermo; es condenado a muerte por el «mozo capitán acelerado», como llama a don García Hurtado de Mendoza, y es salvado por la intervención de una india, amiga de don García, que según las crónicas, se estuvo jugando con él toda la noche. Y, entretanto, como dice Ercilla, el «inorme delito» era un simple «accidente» pero de tales consecuencias que el poeta, triste y desengañado dice en el Canto XXXVI de su poema:

*Aceleré mi súbita partida
que el agravio, más fresco cada día,
me estimulaba siempre, y me roía;
y en un grueso barcón, bajel de trato,
que velas altas de partida estaba,
salí de aquella tierra y reino ingrato,
que tanto afán y sangre me costaba.*

Después de dieciocho meses de permanencia, dejaba el Reino de Chile, que iba a inmortalizar en un poema, tan pobre como había llegado. A los 25 años de edad se sentía fracasado y víctima de una horrenda injusticia. Pasa por Lima y encuentra cerradas las puertas del Palacio del Virrey que dos años antes había encontrado abiertas de par en par. No desmaya y consigue por fin que se le designe para formar parte del cuerpo de Gentiles Hombres Lanza, recién creados con fines puramente decorativos. Ercilla no congenia con la ociosidad y la poltronería, y a fines de Septiembre de 1561 se embarca para Panamá

y a mediados del año subsiguiente (1563) llega a Sevilla y poco después a Madrid.

Ocho años había durado la ausencia de la patria. Su señor y amo, Felipe II, le recibe con singular afecto, pero Ercilla es incapaz de quedarse quieto y, a poco de llegar, parte a Viena, en donde una hermana suya, María Magdalena, dama de honor de la esposa de Maximiliano, va a contraer matrimonio con don Fadrique de Portugal. Regresa el año siguiente (1564) a Madrid, pero no toma la vía más directa y rápida, sino que recorre los cantones de Suiza y el Languedoc, en un afán insaciable de ver siempre tierras y gentes nuevas.

Muere, poco después, su hermana María Magdalena y le instituye heredero. De la pobreza pasa a una relativa opulencia. Ya tiene como atender a la impresión de su poema *La Araucana*, inconcluso todavía, y le entrega a un impresor francés, Pierres (sic) Cossin la Primera Parte de la obra que habrá de colocarlo «sobre las plumas de la voladora fama», como dijo Góngora refiriéndose a Ercilla y su poema.

Con la fortuna y el éxito llegaron para Ercilla días de relativa molicie y relajación. De su unión irregular con Rafaela de Esquinas nació un hijo, Juan de Ercilla, que pereció ahogado cuando contaba sólo 20 abriles. Algunos años después, el 1.º de Septiembre de 1570, cuando había cumplido 37 años, se casa con doña María de Bazán que según él.

*era de tierna edad, pero mostraba
en su sosiego discreción madura
que a mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura».*

Era doña María de Bazán huérfana de padre; pero su madre, doña Marquesa de Ugarte de Bazán, suplía con sobrados bríos la prematura desaparición de su progenitor en todo lo que concernía a las capitulaciones matrimoniales. Las negociaciones entre don Alonso y su suegra para dejar concluidas y precisadas las condiciones del enlace iban muy lentas y difíciles cuando, según las crónicas, «por justas causas y respetos», fué menester precipitarlo. Sólo puede colegirse lo que fueron esas causas por las noticias que dió la monja confidente de doña María de Bazán muchos años más tarde. «Sucedió—dijo—que estando doña María en un sarao que se hacía delante del Emperador en que entraban las damas de palacio y los caballeros

y señores de la Corte, don Alonso, llevado del sobrado afecto, hizo una demostración que obligó a hacer precisa la boda»...

La meticulosidad de la madre de doña María en las capitulaciones matrimoniales es comprensible si se tiene en cuenta que a más de sus atractivos personales aportaba al matrimonio 7.039,764 maravedíes. Cualquiera que sea el valor intrínseco de esa moneda eminentemente variable que se conocía con el nombre de maravedí, no puede dudarse que contada por millones, como en este caso, representaba una fortuna de importancia.

Con el enlace y la mayor fortuna llegaron para don Alonso de Ercilla nuevos y más grandes honores. Felipe II le dió el hábito e insignia de Caballero de la Orden del Bienaventurado Apóstol Santiago, distinción que tenía, por lo demás, en el caso de Ercilla, la preciosa ventaja de darle un noble y bellissimo pretexto para satisfacer su ardimiento por los viajes que ni el matrimonio, ni la opulencia, ni los atractivos de la coronada villa habían logrado apagar. Los estatutos de la Orden prescribían para los caballeros el requisito de vivir en galeras seis meses cumplidos, y en Octubre de 1574, cuando hacía poco más de cuatro años que se había casado, salía don Alonso de Madrid y el 16 de ese mes se presentaba al Veedor y Contador de las galeras de España, ancladas a la sazón en Cartagena. De allí partió a Nápoles a cumplir el período prescrito, y ya en tierra extranjera su afán de los viajes le llevó a Roma en donde Su Santidad Gregorio XIII le recibió en audiencia y, según cuenta el cronista Garibay, sostuvo con él languisima conversación pidiéndole detalles de sus viajes, especialmente del que había hecho al Estrecho de Magallanes. De Roma continuó al norte de Italia y pasó por Siena, Florencia, Bolonia, Ferrara, Padua, Mantúa, Cremona, Placencia, Milán, Pavía y Venecia. Siguió después a Alemania en donde el Emperador Maximiliano le recibió cordialmente, y en Carta Imperial fechada en Viena el 3 de Mayo de 1576 le designó Camarero del Serenísimo Príncipe Rodulfo, Rey de los Romanos, de Hungría y de Bohemia. Al año siguiente, 1577, volvía a Madrid por dos meses al cabo de los cuales se ponía en camino para Uclés, en Cuenca, residencia maestral de la Orden de Caballería de Santiago. El 15 de Diciembre de ese año, después de tres meses de permanencia en el Convento de Uclés, estando ya bien instruído en las reglas, asperezas, ceremonias y otras cosas, dió cumplimiento, ante el Prior, al voto solemne de obediencia al Rey y al

Maestro de la Orden, canónicamente estante, de vivir en castidad conyugal. Y en esa fecha precisa fué recibido por hermano y se le dió licencia para salir del Convento.

A fines de Enero de 1578 regresaba a su casa en Madrid para emprender, poco tiempo después, un nuevo viaje pero, en esta ocasión, no por el mero deseo de moverse, sino para llenar las delicadas y prestigiosas funciones de Embajador en una escabrosa misión diplomática.

Llegaban por aquellos días los Duques de Brunswick a Barcelona con ánimo de seguir a Madrid. Felipe II, por diversas razones, deseaba impedir esa visita y escogió a Ercilla para ir a su encuentro y detenerles en Zaragoza. A más de su don de gentes poseía Ercilla el alemán, lo que habría de facilitarle grandemente el cumplimiento de su paradojal cometido, pues debía, a un mismo tiempo, darles a los Duques de Brunswick la más cordial y entusiasta bienvenida y cerrarles el paso a la Corte de Madrid. Noche y día viajó Ercilla para llegar a tiempo e impedir que los Duques pasasen de Zaragoza. Pero al llegar a esa ciudad supo que los Duques estaban ya en Fuentes a seis leguas de distancia. El Conde de Sástago, Capitán General de Aragón, les tenía, en Zaragoza, una habitación que, según Ercilla «era muy buena y muy bien aderezada así de cámaras ricas y tapicerías, como de todas las demás cosas necesarias».

Fué al encuentro de los Duques en Fuentes y tuvo éxito completo, merced, según dice Sástago en carta escrita a Felipe II, a que don Alonso era tan entendido y tenía tan buen modo que no sólo había logrado que se detuvieran sino que, además, les había quitado «la mohina con que les halló».

Y en dejando instalado al Duque y a «Madama», como llamaba a la Duquesa, en los regios aposentos de Zaragoza, volvió a Madrid a dar cuenta al Soberano del fruto de sus afares y a inquirir cómo, después de tan rendidos agasajos en el camino, iba a concluir por decirles a los ilustres huéspedes que no llegasen a la Corte de Madrid. Felizmente para Ercilla, según las nuevas instrucciones que se le impartieron, debía limitarse a retardar la llegada de los Duques hasta fines del año. Y lo obtuvo, porque como dice Sástago, «contravenía algunas veces la voluntad de los Duques, pero con tanta suavidad y sirviéndoles y entreteniéndoles de otras maneras que se halagaban con él».

Tan completo éxito en misión tan escabrosa no le valió a

Ercilla muestra alguna del reconocimiento de Felipe II. Más bien había caído en desgracia ante la Corte por otras causas. El manejo de sus caudales y las inversiones en préstamos a toda clase de personas le habían creado no pocas animosidades que, por lo demás, no empañaban el lustre de su fama literaria que comenzaba a tomar el relieve propio de los grandes ingenios.

No bien terminaba su misión diplomática, le acometía de nuevo su inextinguible pasión por los viajes y aventuras. Un pariente de su esposa, don Alvaro de Bazán, salía en 1582 a conquistar las Islas Azores por orden de Felipe II, y en las naves de la Escuadra Española se embarcó en Portugal. Todo induce a creer que Ercilla fué testigo ocular del combate naval que esa Escuadra libró frente a esas Islas, el 22 de Julio de 1582, con la Escuadra Francesa al mando de Felipe Strozzi. Las estrofas de un poema de Ercilla publicado en Lisboa en 1586 sobre aquella campaña, que Medina cita en su obra, corroboran esa fundada presunción.

A su regreso de su última aventura guerrera, llega a la cúspide de su fama literaria. Alterná con los más grandes escritores de la época: Cristóbal Mosquera de Figueroa, Fernando de Herrera, Cristóbal de Meza, Gabriel Lazo de la Vega y otros no menos esclarecidos en el cultivo de la poesía. Es más que probable que por aquellos años se encontrase con don Miguel de Cervantes Saavedra, desconocido todavía en las letras castellanas, que algún tiempo después recordó a Ercilla, con tanto elogio, en el episodio del donoso escrutinio en el cual el cura y el bárbaro hicieron auto de fe de todos los libros de la Andante Caballería que habían trastornado el magín del Caballero de la Triste Figura.

Cuando el príncipe de nuestra lengua, el más precioso tesoro que nos legó España, era todavía desconocido y aun vituperado nada menos que por Lope de Vega, que llegó a decir que nadie sería bastante necio para alabarlo, el poeta de *La Araucana* le arrancaba a ese mismo iracundo e injusto adversario esta alabanza:

*«Don Alonso de Ercilla
tan ricas Indias en su ingenio tiene
que desde Chile vino
a enriquecer la musa de Castilla».*

En el pináculo de la fama, rodeado de amigos y considera-

ciones, gozando de un bienestar material que no había conocido en los tempestuosos días de su juventud, ejerciendo el oficio de examinador de libros y la profesión de prestamista que revelaba la paradójal conformación de su mentalidad, tan pronto embriagada en el ritmo poético de una emoción sublime como severamente disciplinada en la frialdad del cálculo, don Alonso de Ercilla y Zúñiga parecía arraigado ya en su ciudad natal para el resto de su vida. Pero, un buen día, el demonio de la inquietud vuelve a apoderarse de su alma, y sin que se supiera ni cómo, ni cuándo, ni por qué, salió de su casa con rumbo desconocido. Es lo probable que fuese a Alemania en busca del pago de una cuantiosa suma que se le adeudaba como parte de la herencia de su hermana María Magdalena. Y así como no se supo cuándo se había ido no vino a saberse que había regresado sino cuando, instalado ya en Madrid, comienza a escribir la tercera y última Parte de su *Araucana*, impregnada del presentimiento de su próximo fin y de la necesidad de hacer acto de contrición por sus pecados.

*Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que lllore y que no cante.*

dice en la estrofa final de su inmortal poema poco antes de aproximarse aquel invierno de 1593, cuando el fuego de su juventud se apagaba y la más lenta circulación de la sangre le hacía sentir frío, tanto frío que, por primera vez, reclama calor artificial y hace construir una chimenea en su recámara «pues notaba,—dice Medina—cuán húmedo se había vuelto el clima de Madrid con las lluvias que caían; y tan perezoso y falto de fuerzas se mostraba que en carta a un amigo muy de su intimidad y afecto le decía que, por verlo, no andaría tres leguas de camino»: ¡él que poco tiempo antes caminaba de uno a otro confín del globo llevado del prurito del movimiento!

Había llegado ya a los 61 años de edad. Sus achaques, fruto de su accidentada vida, le tenían postrado. Quiere hacer su testamento, y él, tan diestro para manejar la pluma, siente que no

le alcanzan las fuerzas ni siquiera para estampar aquella firma majestuosamente rubricada que admiramos en sus escritos. Su mujer «muy cara y amada» testa por él, y los testigos firman el documento en que expresa su última voluntad.

Y un día de otoño, el 29 de Noviembre de 1594, se durmió en el Señor aquel genio que, a más de las octavas reales de su célebre *Araucana*, cultivó, acaso con más noble fruición y celo mayor, la poesía del movimiento y de la aventura.

De sus restos mortales, después de cuatrocientos años, sólo quedan polvo y ceniza. Pero su espíritu brilla con el fulgor de las estrellas en esa constelación magnífica que el genio de España desparramó sobre el firmamento de América para que, por los siglos de los siglos, siga iluminando sus destinos la falange soberbia de navegantes, de soldados, de misioneros y de poetas que encendió la primera chispa del alma del Nuevo Mundo.